

Algunos problemas teóricos de la Literatura Oral

CELSO A. LARA FIGUEROA

Universidad de San Carlos de Guatemala - (Guatemala)

28

En las sociedades que conocen la escritura, la tradición oral pasa a ser vía de expresión de las culturas subalternas, a diferencia de lo que sucede en los pueblos ágrafos, donde la tradición oral es, con matices, patrimonio colectivo. Cuando las clases hegemónicas se apropian de la escritura, las prácticas significantes propias de la oralidad verbal adquieren capacidad para la resistencia cultural, dada su condición de reducto, reservorio y trinchera. Así se explica su marginalidad frente a la cultura oficial y una existencia vista con desdén o menosprecio desde las altas esferas del saber. El discurso histórico testimonial espontáneo, la medicina ancestral y los distintos géneros discursivos, entre ellos, los propiamente literarios - de interés ficcional y estético- tienen vida oficiosa, se desarrollan con actitud paródica y carnavalesca, al margen de los discursos "legales" investidos de poder por la escritura.

Interesa abordar aquí el ámbito de esta particular manera de significar, a la que se ha llamado, desde no hace mucho, *Literatura* y que se refiere a una actividad especializada en el orden discursivo, no por especializada, ni exclusiva ni investida de sacralidad alguna. Cuando se habla de *Literatura* se hace referencia a un discurso social, entre otros, cuya especificidad radica en la creación de efectos de ficción, efectos de realidad y estéticos, como bien dicen Balibar y Macherey. Sin embargo, las ideologías estéticas dominantes le confieren cierto halo de misterio y sacralidad.

Esta actividad de creación verbal, ha elegido en las sociedades modernas la expresión escrita, adecuando de manera paulatina sus procedi-

mientos al nuevo vehículo. En la teoría literaria contemporánea llega a ser sinónimo de "escritura". Evidentemente, se olvidan los actos con la palabra *artis*. Entonces, la oralidad y sus textos nos empiezan a resultar ajenos y hasta excéntricos. El conjunto de las prácticas literarias folklóricas ha Negado a convertirse en una trivialidad poco funcional y, por supuesto, obtienen poco o ningún reconocimiento en el campo de los estudios literarios, ocupados con autores reconocidos y sus obras escritas.

No siempre se ignoró a los textos populares. Ha habido momentos y grupos especialmente sensibles a su consideración y análisis. Un sector de románticos alemanes, en particular el que produjo literatura fantástica durante el siglo XIX, se propuso investigar en fuentes folklóricas para fundamentar su propio trabajo de creación que, en muchos casos, fue recreación. Algo semejante ocurre en Guatemala con el costumbrismo y el nativismo. No es de extrañar entonces que, Vladimir Propp, quien con el formalismo ruso había tan profundamente interiorizado las exigencias teóricas de los románticos de Jena, encabezados por Fredric Schlegel hacia 1800, se interesara por los cuentos folklóricos rusos. Su sensibilidad coincidía además con los aires de la época, estimulados por los propósitos de la revolución de 1917. De las indagaciones de Propp, como es sabido, nace el análisis estructural de relato, instrumental marcado por la lógica disyuntiva (es decir, organizada en oposiciones binarias irreductibles, excluyentes: Bueno/malo, feliz/infeliz, etc.), lógica propia de los cuentos folklóricos mismos y del pensamiento medieval, según lo demuestra Julia Kristeva en su trabajo *Texto de la Novela*.

El juego de las ideologías estéticas parece contagiarse de marginalidad el interés por los textos folklóricos. Entonces, los autores y las obras de la literatura oficial, son el objeto por excelencia de los estudios académicos. Con la orientación metafísica interesa el autor y su biografía; con el neoformalismo más reciente, los textos asumidos en sí mismos, suponiendo ilusoriamente -las ilusiones participan muy a menudo del quehacer científico; más aun, como es el caso, de un trabajo protocientífico- su aislamiento de los demás hechos sociales. De ahí que en las últimas décadas se haya tenido que "buscar", como si alguna vez se hubieran perdido realmente, las conexiones entre el texto y la sociedad.

Se ha dicho que en América Latina parecemos más dados a captar corrientes científicas, tecnológicas e ideológicas que a crearlas. ¿Costumbres cognoscitivas hijas de la dependencia cultural y de nuestra situación de encrucijada cultural? Puede ser. Los literatos e historiadores hemos seguido, sin mucha reflexión, los procedimientos y teorías producidas en los centros metropolitanos. Ya lo señaló en los primeros años del setenta Roberto Fernández Retamar. Esta condición nos ha llevado a ignorar la diversidad literaria latinoamericana y, principalmente, la importante presencia de la literatura oral. No es posible hablar de una literatura latinoamericana homogénea, sino de literaturas latinoamericanas, distintas según subregiones y países y, dentro de ellos, según clases sociales y culturas étnicas, y por supuesto, sus propios procesos civilizatorios.

La literatura de las culturas subalternas sigue, pues, en nuestro continente, usando de manera prioritaria, la palabra *oral*, aunque empiezan a producirse textos escritos, por ejemplo en las cárceles o sobre paredes. Y son, aunque lo olvidemos a veces, las literaturas de las mayorías. Mucho pierde el estudioso que no reconoce esa realidad al definir sus objetos de estudio, sus procedimientos e instrumentos.

Darles estatuto plenamente válido a los textos orales, populares, folklóricos y recientes, aunque para ello fuera necesario irrumpir, no sin dificultad y con cierta fuerza de oposición, desde el campo que aun se llama "paraliterario". Los textos literarios orales dan cuenta de una conciencia colectiva, de un sujeto transindividual, en nuestro caso, guatemalteco y en particular, originario de los sectores populares del campo y de la ciudad. Esos textos hablan de sus valores y necesidades cognoscitivas, de sus comportamientos y prácticas. Sus productos muestran generosa-

mente, incluso sin que el propio locutor lo sepa, la concepción del mundo que le es propia. A los científicos sociales corresponde atender, poner oídos, ver a trasluz, si pretenden actuar cada vez con mayor certeza y eficacia. Mucho dice, por ejemplo a la psicología y a la sociología, que en Guatemala la leyenda de la Siguanaba tenga varias versiones básicas; de ellas recordamos aquella en que el espíritu maléfico es una mujer; en otra, una niña de corta edad. Ciertamente, las versiones refieren a dos órdenes distintas de prohibición en el terreno moral. ¿Cuánto más pueden sugerir los textos de leyenda? Poco, si sigue en ese espacio marginalizado que le reserva la cultura oficial.

Desde el inicio de los estudios folklóricos a mediados del siglo XIX, sobresalen antropólogos, filólogos e historiadores, interesados en los métodos de recolección de los relatos populares -tanto de los países europeos, como de la India, China y Arabia- y por la transmisión de cuentos y otras narraciones. Destacan los estudios de M.Muller (Alemania), E.B.Tylor (Inglaterra), M.Gorki (Rusia), K.Krohn (Finlandia), Pitre (Italia) y otros como los hermanos J. y W. Grimm (Alemania), Ch.Perrault (Francia), H.C.Andersen (Dinamarca), que promovieron el desarrollo de las tradiciones orales y las recrearon y proyectaron en la literatura infantil.

En nuestro país, estas especies folklóricas, propias de la tradición oral, no han sido consideradas como fuente para el conocimiento de la historia y concepción del mundo, ni se han incluido en las historias literarias oficiales, lo que demuestra el predominio de una concepción restringida de la cultura, que incide en nuestra identidad cultural.

Por otra parte, entre los problemas planteados en el estudio de la literatura popular, está el conocer la ubicación de los géneros y especies respecto de las clasificaciones y textos reconocidos tradicionalmente, así como conocer las relaciones entre la naturaleza de los textos y las condiciones sociales de su producción, uso y función.

Uno de los componentes más importantes de la tradición oral de un pueblo son los relatos, y entre ellos, la leyenda.

En el curso de nuestra experiencia de años, logramos percibir una mayor presencia del folklore lírico frente al narrativo. Además, este último tiene poca variedad genérica. Es notable, por ejemplo, en nuestro país, el interés por la leyenda, en su variedad animística.

Parafraseando a Carvalho-Neto, entendemos por leyenda una narración irreal, pero con huellas de verdad. La leyenda está ligada a un área, región o sociedad. Sus temas se refieren a los orígenes de diversos hechos, seres mitológicos, seres sobrenaturales, hechos históricos, héroes, etc., y los personajes son individuos determinados que actúan en un lugar indicado con precisión.

La leyenda muestra gran similitud con otro tipo de relatos que también forman parte de la tradición oral y del folklore literario de un pueblo, como son: la fábula, el mito, el cuento y el caso.

A veces la diferenciación entre estas especies se dificulta pues aparecen casos intermedios, en que se entrecruzan elementos como los personajes, la trama y el lugar de la acción.

Con Van Gennepp consideramos que se puede establecer una distinción psicológica entre los géneros mencionados, ya que en el mito, la leyenda y el caso, privan los actos mágico-religiosos que son objeto de fe por parte de quien los narra; mientras que en el cuento y la fábula, priva más la imaginación.

También podemos agregar una diferencia en cuanto a que, en la leyenda y la fábula, además de entretener, se da una moraleja o enseñanza, ligada a los valores morales de la sociedad. Mientras en el cuento, el fin primordial es deleitar y distraer al que escucha.

La palabra leyenda proviene del latín *legenda*, que significa "lo que se ha de leer". Al inicio de la Edad Media se acostumbraba -en los conventos europeos y luego en América- a leer los relatos sobre la vida de los santos y mártires. Posteriormente, la lectura de leyendas -como eran denominados esos relatos- trascendió el ámbito de lo religioso e incursionó en la vida profana, con temas relativos a hazañas o hechos históricos relevantes.

No obstante su significado etimológico, que excluiría a las sociedades ágrafas, lo que hoy denominamos leyenda tiene un carácter universal, tanto en sociedades de tradición oral como de tradición escrita.

Los pueblos de todo el mundo, desde épocas remotas, han expresado sus aspiraciones, sus deseos y sentimientos, mediante la narración de relatos maravillosos como la leyenda. Con el paso por los diferentes grupos en que estos relatos se han transmitido y enriquecido, al principio oralmente y luego por escrito, son

conservados como documentos que dan una muestra de información acerca de las interpretaciones populares sobre el mundo natural y sobrenatural.

Con el origen y formación de la leyenda, sucede algo similar que con el resto de manifestaciones de la cultura popular tradicional, al tratar de buscar fuentes en la inspiración colectiva de un pueblo (concepción que regía en los primeros estudios folklóricos) o en la creación individual.

Lo cierto es que si el punto de partida de formación de la leyenda es personal, de un autor anónimo o conocido, para que esta sea auténtica expresión folklórica, debe interpretar el sentir de una colectividad que la adopte, la sienta como propia y la transmita.

La transmisión de la leyenda implica un lento proceso de transformación, en el que adquiere nuevos elementos y sufre reinterpretaciones en su paso a través de diferentes grupos y lugares, lo que explica la existencia de versiones y variantes de un mismo tema.

Entre los relatos recopilados encontramos reinterpretaciones acordes a los cambios tecnológicos de nuestra época. Por ejemplo, un informante de San Juan Mixtán, Escuintla, Guatemala, nos manifestó que la *Siguanaba* aparece en un jeep "Willis" por la Carretera Interamericana y el gesto de conquista de la muchacha se inicia con la petición de un "jalón". Ya pasó el tiempo en que el caballero andaba a caballo y la bella mujer aparecía en lugares oscuros, insinuantemente sola.

Así las versiones se adaptan a la época. Las versiones y variantes encontradas son múltiples. Por citar algunos ejemplos: Los *Duendes* -que no el Duende o Sombrerón-, visten con colores chillantes, generalmente azul o rojo; el común denominador es que pierden o se llevan a los niños, aunque los adultos pueden correr el mismo peligro, como las versiones recogidas en Cubulco, Verapaz.

El papel de la música -en la leyenda del Sombrerón- varía, pues para algunos sus notas contribuyen a encontrar a los desaparecidos, mientras que para otros, además de los regalos que ofrece como señuelo, es el recurso que utilizan los ancianos para ahuyentarlos.

Las variantes en la leyenda pueden incluso ser contradictorias entre sí. Por ejemplo, en la leyenda del *Cadejo*, una versión lo presenta como

"el hijo maldito" convertido en perro, que asustaba a los que trasnochaban. Pero en gran medida, el Cadejo es, al contrario de lo que han difundido los folkloristas comerciales, un ser benefactor que resulta ser una compañía protectora para el bolo que vuelve a casa, como tantas veces lo hemos señalado en nuestros estudios.

Una de las hipótesis de nuestro trabajo es que los textos populares literarios cumplen funciones lúdicas, moralizantes, educativas y de cohesión social. Entre las personas mayores son más usuales las expresiones tradicionales moralizantes, educativas y de cohesión social; mientras que en la joven generación predominan las lúdicas y de cohesión social y se encuentran influenciadas por la cultura de masas, utilizándose fundamentalmente en ocasiones especiales. Para la mayoría de los jóvenes la leyenda ya no forma parte de su vivencia cotidiana, sino que es "algo de antes" o "de los otros", asunto que no se sabe y en el que no se cree. Hasta el momento y sin haber realizado el análisis exhaustivo que planteamos, podemos señalar que, en las poblaciones rurales que hemos estudiado, los conocedores de leyendas o relatores de un caso, son personas mayores de 50 años, entre quienes la leyenda cumple una función social aglutinante. Por un lado, ayuda a la cohesión del grupo entre los que saben y viven determinada experiencia en torno a una problemática común; por otro, sirve como medio

de entretenimiento, de distracción durante las labores cotidianas o al final de la jornada.

Sería interesante conocer cuál es su función entre los habitantes de los nuevos bardos de las ciudades. Sería un estudio similar al realizado por el autor en *Por los Viejos Barrios de la Ciudad de Guatemala*.

Es sugerente también las relaciones que existen entre este tipo de tradición oral y otros aspectos de la cultura del grupo que la practica, puesto que estos aspectos están ligados con cierta coherencia al medio socioeconómico e ideológico. Por ejemplo, las festividades religiosas de la Virgen de la Soledad, la Virgen de Guadalupe, del Cristo de Esquipulas, Jesús de la Merced, etc., que tienen nexos con la leyenda.

Celso A. LARA FIGUEROA (Guatemala)

Ex-Director del Centro de Estudios Folklóricos de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Actualmente desempeña el cargo de Investigador encargado del área del Folklore Literario de ese propio Centro, y es Catedrático Titular de la Escuela de Historia en esa casa de estudios. Es presidente del Comité de Folklore de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, organismo especializado de la OEA. Dirige y edita en México la revista *Folklore Americano*. Es autor de numerosos artículos y libros.